

de su vida una maestría propia y una originalidad tanto más valiosa cuanto que sin dejar de entroncar con la pura tradición de los maestros, es reflejo fiel de su tiempo.

En el cúmulo de grandes pintores de la época, Albert Marquet se distingue y brilla por la fe ardiente en el oficio y en la técnica que no deja nada al instinto. Su obra ofrece a veces cierta conexión con los primitivos. Pero esto es sólo aparente. Entre los trazos ásperos de su pincelada se advierte un rigor matemático llevado a la máxima expresión.

Aguafuertes de Goya

Don Francisco de Goya y Lucientes, el pintor de las *majas* y de los pampanantes y coloridos *cartones* para tapices, fué un extraordinario grabador. Se complacía el maestro de Fuendetodos en dejar sobre la plancha de zinc la impronta de sus sueños y de sus fantasías. Recordemos que en cierta ocasión se retrató a sí mismo, durmiendo, con la cabeza apoyada sobre una mesa, mientras le rodeaban extraños seres y animales fantásticos. Don Francisco intituló ese grabado: *El sueño de la razón engendra monstruos*.

Y es que en el arte de este singular pintor había ya un barrunto de surrealismo. Sus monstruos, sus ensoñaciones, sus imágenes de pesadilla y de aquelarre, son una aspiración a penetrar en el trasfondo de la naturaleza humana.

En estos aguafuertes— los Proverbios—al aguatinata, expuesto en la Librería de Arte (dieciocho estampas en total, de la edición de 1930, con las planchas de la Real Academia de Nobles Artes de San Fernando, sobre papel marquilla, numerados en edición de cien ejemplares, garantizada con los sellos y características de la Institución), se ve con toda nitidez esa inclinación del genio a hacer que su arte traspasara los dominios de la estética para llegar a la metafísica. *Los Proverbios* son comentarios no siempre claros. Hay en estas estampas de tanta

esencia goyescas un hermetismo que está fuera de su época y que, en cierta manera, se anticipa a la nuestra. Las manchas expresionistas y patéticas de los grabados y el realismo mágico con que se representan los seres extraños que aquí se agitan y bullen, están iniciando el expresionismo *fauve* de nuestros días.

Goya aspiró a poner a su pensamiento filosófico el complemento gráfico y sustantivo del grabado. A pesar del valor humano que anima las leyendas, es indudable que el artista está por encima y supera al pensador. La espontaneidad con que fueron grabadas las planchas constituyen una de las peculiaridades del maestro de Fuendetodos. En Rembrandt, dotado sin embargo de una extremada facilidad expresiva, se advierte de una manera sutil, pero evidente, la previa preparación de los esquemas, el *páter* de la composición. Hay mayor dominio técnico en el pintor de *Saskia*, pero también menos frescura y espontaneidad. Y si recurrimos a otros ejemplos: Callot, Dürero, Holbein, el contraste es todavía mayor. Solamente en nuestro tiempo un gran dibujante y humorista, Forain, dejará sobre la plancha los zarpazos acidulados de sus trazos con idéntico furor sarraceno al que mostraba Goya.

Si comparamos estas planchas de *Los Proverbios* con *Los Desastres de la Guerra*, advertiremos de inmediato cómo Goya cambiaba de estilo cuando el tema imponía a su técnica la necesidad de una adecuación entre ésta y el pensamiento creador. Nadie ha llegado tan cabalmente a lo que podríamos designar como el *estilo funcional*. Cuando Goya describe las escenas de guerra, su manera es de una soltura subitánea y fugaz. No se puede captar un acontecimiento de esa índole sin que el lápiz corra veloz sobre el papel. El grabador utiliza, sobre todo, un estilo dinámico e impresionista en el cual lo fundamental es la correlación entre fondo y forma.

Lo mismo podríamos decir de *Los Caprichos*. Estas estampas, las más graciosas, musicales; optimistas y frescas del maestro, las más goyescas y las que expresan su filosofía de juven-

tud, están realizadas también en forma pertinente al tema. Tienen un ritmo de *scherzo*, como si hubieran sido ejecutadas jugando.

Los *Proverbios* son dramáticos. Por eso abundan en ellos las sombras y las luces, pero predominando aquéllas. Son tal vez los más universales y patéticos, porque al trazarlos el pintor de *Fuendetodos* aspiró a escrutar el fondo misterioso del hombre.

Exposición Sergio Montecino

El joven pintor Sergio Montecino expuso en la Librería Neira un conjunto de veinte obras realizadas por el procedimiento de acuarela y *gouache*.

En estas obras se advierte una doble corriente. Sergio Montecino inicia una desviación de su estilo característico de tendencia neorromántica y expresionista hacia la pintura superrealista que entronca en cierta manera con ideas metafísicas a lo Chirico. En sus obras anteriores, de las cuales se han expuesto aquí algunas, se nota un temperamento sentimental y lírico. La raíz de su estilo descansa en ese azul definidor que es como la *constante* de su hacer. Los paisajes son una visión personal de la naturaleza. El tono dominante, que nos habla de su aspiración al infinito, se encrespa y se anima muchas veces con un toque de rojo vibrante.

En muchas de estas obras está señalada la evolución. De ese arte cargado de esencias subjetivas, pero lleno todavía de alusiones a un naturalismo contenido, el artista ha pasado a una pintura abstracta en la forma y superrealista en el concepto temático y en el pensamiento.

Su segunda manera revela una gran economía de medios técnicos. Expone el pintor, además, dentro de esta segunda manera, unas estampas de ponderado lirismo expresivo, que recuerdan por su ejecución las obras japonesas de un Utamaro y de un Hirosige. Otras obras exhiben en la temática un super-